

ALGO

EN

EL

LA PAREJA PERFECTA.
EL CRIMEN PERFECTO.

AGUA

CATHERINE STEADMAN

¿Te atreverías a tomar una decisión arriesgada sabiendo que cambiará tu vida para siempre? Erin es una cineasta especializada en documentales a punto de tener su primer gran éxito; Mark, un atractivo banquero de inversiones con grandes planes. Apasionadamente enamorados, se embarcan en una luna de miel de ensueño en la isla tropical de Bora Bora. Y un día, mientras bucean por el cristalino mar azul, encuentran algo en el agua... ¿Y si la vida que siempre has soñado se convirtiera en una pesadilla? Pronto, los recién casados deben elegir si revelan lo que han visto o protegen su secreto. Después de todo, si nadie más lo sabe, ¿qué es lo peor que podría pasar? Pero sin saberlo, acaban de poner en marcha una catastrófica cadena de acontecimientos...

ALGO EN EL AGUA

Catherine Steadman

Para Ross.

«Una victoria narrada en detalle es indistinguible de una derrota».

JEAN-PAUL SARTRE, *El diablo y Dios*

«Voy a sonreír, y mi sonrisa penetrará en tus pupilas y solo Dios sabe en qué se convertirá».

SARTRE, *A puerta cerrada*

1

Uno de octubre, sábado

La tumba

¿Alguna vez te has preguntado cuánto se tarda en cavar una fosa? Yo te lo digo: se tarda una eternidad. No sé en cuánto tiempo habías pensado, pero multiplícalo por dos.

Estoy segura de que lo has visto en las películas: el protagonista, quizá con un arma apuntándole a la cabeza, suda y gruñe mientras cava su propia tumba a dos metros bajo tierra. O dos desventurados delincuentes discuten y bromean sumidos en un hilarante caos irracional mientras cavan frenéticamente y la tierra vuela hacia el cielo con caricaturesca facilidad.

No es así. Es duro. Nada en ello resulta fácil. El suelo es sólido, es un trabajo pesado y lento. Es jodidamente duro.

Y es aburrido. Y largo. E irremediable.

El estrés, la adrenalina y la desesperada necesidad animal de *hacerlo* te sustentan durante unos veinte minutos. Después te derrumbas.

Los músculos de tus brazos y piernas protestan. De la piel al hueso, del hueso a la piel. Tras la descarga de adrenalina te duele el corazón, bajan los niveles de azúcar en sangre, llegas al límite. Estás exhausto. Pero por muy cansado o desanimado que estés, sabes que seguirás cavando. Y lo sabes con claridad cristalina.

Entonces entras en una nueva fase. Se trata de ese punto a mitad de una maratón cuando la novedad se ha pasado y lo único que quieres es terminar de una puta vez. Te has comprometido; estás echando el resto. Le contaste a todos tus amigos que ibas a correr y los convenciste para que hicieran una donación a la organización benéfica de turno, una que apenas conoces. Ellos donaron más dinero del que realmente querían donar porque se sentían culpables y obligados después de que tú los apoyaras en aquella marcha ciclista universitaria con cuyos detalles te aburren cada vez que se emborrachan. Sigo hablando de la maratón, no te pierdas. Has salido a correr todas las noches, a acumular kilómetros con los gemelos ardiendo y los auriculares puestos, para esto. Para luchar contra ti mismo, para luchar contra tu cuerpo justo ahí, en ese momento, en ese duro momento, y ver quién gana. Y nadie excepto tú te está mirando. Y a nadie excepto a ti le importa realmente. Es una lucha entre tú y tú mismo por sobrevivir. Así es como te sientes cuando cavas una fosa, como si la música hubiera dejado de sonar pero no pudieras dejar de bailar. Porque, si dejas de bailar, morirás.

Así que sigues cavando. Y lo haces porque la alternativa es mucho peor que cavar un hoyo horrible e interminable en la tierra dura y compacta con la pala que has encontrado en el cobertizo de algún viejo.

Mientras cavas ves colores flotando ante tus ojos: fosfenos provocados por la estimulación metabólica de las neu-

ronas en el córtex visual debido a los bajos niveles de oxígeno y glucosa. La sangre brama en tus oídos: baja presión sanguínea causada por la deshidratación y el esfuerzo. ¿Y tus pensamientos? Las ideas sobrevuelan las aguas mansas de tu consciencia casi sin rozar la superficie y desaparecen antes de que puedas apresarlas. Tienes la mente totalmente en blanco. El sistema nervioso central se enfrenta al sobre esfuerzo como si fuera una situación de lucha o huida; la neurogénesis producida por el ejercicio junto a uno de los conceptos favoritos de las revistas deportivas, la «liberación de endorfinas inducida por la actividad física», actúan tanto para inhibir tu cerebro como para protegerlo del dolor y el estrés prolongado.

La extenuación es un nivelador emocional fantástico. Ya sea corriendo o cavando.

Tras cuarenta y cinco minutos decido que dos metros es una profundidad poco realista para esta fosa. No conseguiré cavar hasta los dos metros. Y mido un metro setenta. ¿Cómo conseguiría salir? Habría cavado mi propia tumba, literalmente.

Según una encuesta de YouGov de 2014, un metro setenta es la altura ideal para una mujer británica. Según parece, esta es la altura que el británico medio prefiere en su pareja. Qué suerte tengo. Qué suerte tiene Mark. Dios, ojalá Mark estuviera aquí.

Bueno, si no cavo dos metros, ¿cuánto voy a cavar? ¿Qué profundidad será suficiente?

Suelen encontrar los cadáveres porque están mal enterrados. Yo no quiero que eso ocurra. Ni de coña. No, ese no es el resultado que busco. Y un mal enterramiento, como cualquier otra cosa mal hecha, se debe a tres cosas:

1. Falta de tiempo.
2. Falta de conocimiento.

3. Falta de interés.

En cuanto al tiempo, tengo de tres a seis horas para hacer esto. Tres horas es una estimación conservadora. Seis son las horas de luz que me quedan. Tengo tiempo.

Creo que tengo los conocimientos necesarios; dos cerebros son mejor que uno. Espero. Solo tengo que seguir avanzando paso a paso.

Y el número tres: ¿interés? Dios, me interesa. Me interesa. Más de lo que me ha interesado ninguna otra cosa en mi vida.

Un metro es la profundidad mínima que recomienda el Instituto de Gestión de Cementerios y Crematorios. Lo sé porque lo he buscado en Google. Lo busqué en Google antes de empezar a cavar. ¿Ves? Conocimiento. Interés. Me agaché junto al cadáver, con las hojas húmedas y el barro bajo mis pies, y busqué cómo enterrar un cuerpo. Lo busqué en Google desde su teléfono de prepago. Si encuentran el cadáver (*no van a encontrar el cadáver*) y consiguen recuperar los datos (*no conseguirán recuperar los datos*), entonces el historial de búsqueda será un material de lectura fantástico.

Dos horas enteras después, he cavado aproximadamente un metro de profundidad, medio metro de ancho y dos metros de largo. Sí, eso me ha llevado dos horas.

Insisto: cavar una fosa es *muy* duro.

Para que te hagas una idea, este agujero, mi agujero de dos horas, tiene: 1 m x 0,5 m x 2 m, un metro cúbico de tierra que equivale a una tonelada y media de tierra. Y ese (ese) es el peso de un coche o de una ballena beluga o de un hipopótamo. He tenido que trasladar toda esa tierra ligeramente a la izquierda de donde estaba antes. Y esta tumba solo tiene un metro de profundidad.

Miro el barro del montículo y me impulso lentamente para salir de la fosa, con los antebrazos temblando bajo mi propio peso. El cadáver está debajo de una lona rasgada cuyo llamativo azul cobalto es un tajo de color contra el lecho marrón del bosque. La encontré abandonada en el área de descanso, colgando de una rama como un velo, en muda comunión con un frigorífico viejo. La puerta del pequeño congelador del frigorífico rechinaba tranquilamente con la brisa. Desolado.

Hay algo muy triste en los objetos descartados, ¿verdad? Desconsolador. Pero hermoso, a su manera. Supongo que, en cierto sentido, yo también he venido a abandonar un cadáver.

El frigorífico lleva aquí un tiempo; lo sé porque lo vi desde el coche cuando pasamos por aquí hace tres meses y nadie ha venido todavía a por él. Regresábamos a Londres después de celebrar nuestro aniversario en Norfolk, Mark y yo, y meses después el frigorífico sigue aquí. Es extraño pensar cuántas cosas han pasado desde entonces (a mí, a nosotros), pero aquí nada ha cambiado, como si este lugar estuviera fuera del tiempo, como si fuera una zona suspendida. Da esa sensación. Puede que el último que estuvo aquí fuera el propietario del frigorífico, y Dios sabe cuánto tiempo podría hacer de eso. El frigorífico parece se-tentero... Ya sabes, el típico armatoste. Un armatoste kubrickiano, como un monolito en el húmedo bosque inglés. Obsoleto. Lleva aquí tres meses como mínimo y no se lo ha llevado nadie, nadie ha avisado a los de gestión de residuos. Aquí no viene nadie, eso está claro. Excepto nosotros. No hay barrenderos ni jardineros, no hay lugareños descontentos de esos que escriben cartas al ayuntamiento, no hay madrugadores paseando a sus perros que puedan toparse con mi excavación. Este fue el sitio más seguro que se me ocurrió, así que aquí estoy. La tierra tardará un tiempo en asentarse, pero pienso en el frigorífico y creo que tengo tiempo suficiente.

Lo miro, el bulto cubierto por la lona arrugada. Debajo hay carne, piel, huesos, dientes. Lleva muerto tres horas y media.

Me pregunto si sigue caliente. Mi marido. Si sigue cálido al tacto. Lo busco en Google. De un modo u otro, no quiero pasar por ello.

Vale.

Vale, los brazos y las piernas deberían estar fríos al tacto, pero el torso seguirá caliente. Vale.

Tomo aliento, larga y profundamente.

Venga, vamos allá...

Me detengo. Espera.

No sé por qué, pero borro el historial de búsqueda de su teléfono de prepago. Es absurdo, lo sé; el teléfono no es rastreador y dejará de funcionar después de un par de horas bajo la tierra húmeda de octubre. Vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo de su abrigo y saco su iPhone personal del bolsillo de su pecho. Está en modo avión.

Abro la galería de fotos. Nosotros. Las lágrimas me inundan los ojos y bajan en dos ríos calientes por mi cara.

Aparto la lona por completo, exponiendo todo lo que esconde. Limpio las huellas del teléfono, vuelvo a guardarlo en el bolsillo de su pecho caliente y me preparo para arrastrarlo.

No soy una mala persona. O puede que sí. Tal vez deberías decidirlo tú.

Pero para ello debo explicarme. Y para explicarme tengo que retroceder, volver a la mañana de nuestro aniversario, hace tres meses.

2

Ocho de julio, viernes Mañana de aniversario

Despertamos antes del amanecer. Mark y yo. Es nuestro aniversario. El aniversario del día en el que nos conocimos.

Estamos alojados en un hotel *boutique* en la costa de Norfolk. Mark lo descubrió en el suplemento «Disfrutar del ahorro» del *Financial Times*. Está suscrito, pero lo único que le da tiempo a leer son los suplementos. No obstante, el *Financial Times* tenía razón: esta es «la acogedora casa rural de tus sueños». Y me alegro de que sea así como «disfrutamos de nuestros ahorros». Aunque en realidad no estamos gastando nada mío, supongo que lo será pronto.

El hotel es perfecto para una escapada rural de marisco fresco, cerveza fría y mantas de cachemir. En el Chelsea del Mar, como lo llaman las guías de viaje.

Hemos pasado los últimos tres días haciendo senderismo, caminando hasta terminar con los músculos cansados, las mejillas sonrosadas por el sol y el viento inglés y el pelo oliendo a bosque y a sal marina. Caminando y después follando, bañándonos y comiendo. El paraíso.

El hotel fue construido en 1651 como pensión turística para los funcionarios de aduanas que hacían el ajetreado viaje a Londres. El famoso vicealmirante lord Horacio Nelson, de Norfolk, arrogante vencedor de la batalla de Trafalgar, era uno de sus clientes habituales. Al parecer vino a recoger el correo todos los sábados de sus cinco años sabáticos. Se hospedaba en la habitación número cinco, contigua a la nuestra. Es curioso que lord Nelson tuviera épocas de inactividad. Supongo que siempre había pensado que, si estabas en la Marina, ya no tenías que preocuparte de nada más. Pero, bueno, incluso los mejores pueden quedarse sin trabajo. Total, que en el transcurso de los años, se habían celebrado en aquel hotel subastas de ganado, juicios e incluso el Festival de Jane Austen.

El folleto informativo que había sobre la mesita de café de nuestra habitación narraba alegremente que las vistas preliminares para el tristemente famoso juicio de los Asesinatos de Burnham se habían llevado a cabo en lo que ahora era el comedor privado de la planta de abajo. Lo de «tristemente famoso» es cuestionable; yo nunca había oído hablar de ellos, así que seguí leyendo.

La historia comienza en 1835 cuando la esposa de un zapatero vomita violentamente sobre la mesa del comedor ante la mirada atónita de su marido. La señora Taylor, la de la vomitona, había sido envenenada con arsénico. Habían mezclado la sustancia, de la que encontraron restos en la autopsia, con la harina de la alacena. La investigación desveló que el señor Taylor tenía una aventura con su vecina, una tal señora Fanny Billing. Y Fanny Billing había comprado hacía poco tres peniques de arsénico a un boticario local. El arsénico llegó hasta el saco de harina de los Taylor, y de ahí pasó a las albóndigas que terminaron con la vida de la señora Taylor. Supongo que el señor Taylor no tenía hambre aquella noche. Puede que el señor Taylor estuviera a dieta de hidratos.

Un vecino testificó que una tal Catherine Frary había tenido acceso a la casa de los Taylor aquel día. Antes de que la interrogaran, se la oyó decir a Fanny: «Mantén la calma y no nos pasará nada».

Tras una investigación exhaustiva, se descubrió que el marido y el hijo de Catherine también habían muerto repentinamente en los quince días anteriores.

Se sospechaba algo turbio. Enviaron los estómagos del marido y del hijo de Catherine a Norwich, donde un análisis confirmó que también contenían restos de arsénico. Un testigo declaró que Catherine había atendido a la señora Taylor después de los vómitos y que la había visto sacar un polvo blanco «de una bolsita de papel con la punta de un cuchillo» y añadirlo a las gachas para envenenar a la mujer por segunda vez. En esta ocasión, mortalmente. La semana anterior, las dos mujeres habían envenenado también a la cuñada de Catherine.

Catherine y Fanny fueron ahorcadas en Norwich por el asesinato de sus maridos, de la señora Taylor, del hijo de Catherine y de la cuñada de Catherine. Según el *Niles Weekly Register* del 17 de octubre de 1835, la pareja fue «lanzada a la eternidad entre una inmensa concurrencia de espectadores (20000 o 30000), de los cuales la mitad eran mujeres». *Lanzada a la eternidad*. Bonita metáfora.

Es extraño que «las asesinas de Burnham» aparezcan en el folleto informativo del hotel, sobre todo teniendo en cuenta que sus clientes están disfrutando, en su mayoría, de escapadas de fin de semana.

La alarma nos despierta de nuestro sueño envueltos en cálido plumón y algodón egipcio a las cuatro y media de la mañana. Nos vestimos en silencio con la ropa que dejamos preparada anoche: camisetas finas de algodón, botas de senderismo, vaqueros y jerséis de lana para antes de que salga el sol. Preparo café usando la pequeña máquina de la

habitación mientras Mark se arregla el pelo en el baño. No es un hombre presumido, en absoluto, pero como la mayor parte de los treintañeros, cuando se arregla se concentra principalmente en su cabello. No obstante, me gusta esta pequeña muestra de inseguridad, una leve muesca en su perfección. Me gusta ser yo quien termine antes. Ya vestidos, tomamos café sentados en la cama, con las ventanas abiertas y su brazo a mi alrededor, en silencio. Tenemos tiempo de sobra para subir al coche y llegar a la playa antes del amanecer. La salida del sol se espera para las 5:05, según la tarjeta de información diaria que hay junto a la cama.

Conducimos en relativo silencio hasta la playa de Holkham, respirando y pensando. Estamos juntos, pero también solos con nuestros pensamientos, intentando mantenemos en la densa somnolencia que todavía no se ha desvanecido del todo. Es una especie de ritual innato. A veces nos pasa, nuestra relación es así: un poco de magia repta hasta nuestras vidas y la nutrimos como si fuera una crasa. Ya hemos hecho todo esto antes, en otras mañanas de aniversario. Mientras aparcamos me pregunto si seguiremos celebrando este día después de casarnos dentro de dos meses. ¿O quizá ese se convertirá en nuestro nuevo aniversario?

Nos detenemos en el profundo silencio de Holkham Hall, atravesado intermitentemente por los estridentes trinos de los pájaros. Cuando cerramos las puertas del coche, una manada de ciervos levanta la mirada en el prado limítrofe y se detiene. Nos miramos fijamente, atrapados en un momento de éxtasis, hasta que vuelven a concentrar su atención en el pasto.

El nuestro es uno de los pocos coches que hay en el aparcamiento de grava de arcilla; estará mucho más concurrido más tarde (siempre es así), con perros y niños, remolques para caballos y jinetes, familias aprovechando los últi-